

La punta del iceberg

CONFEBASK ha vuelto a traer a su diagnóstico para este año 2018 que empieza, la temática de los problemas de las empresas para encontrar personas suficientes y con la formación adecuada, alineada con las necesidades del tejido productivo.

También ha aparecido la noticia de que el Gobierno Vasco va a clasificar los títulos universitarios en función de su inserción laboral y el grado de relación que tengan éstos con las empresas. También catalogará las carreras con mayor internacionalización y el uso que puedan hacer de metodologías innovadoras.

Recuerdo estas mismas conversaciones, los últimos años antes de la crisis. Los foros de debate en los que se hablaba de demografía, de una mejor adaptación de las carreras universitarias y los grados de formación profesional, de una mentalización de los jóvenes sobre las salidas profesionales de las carreras que pensaban iniciar. Incluso de la necesidad de favorecer la entrada de personas de otros países para atender las necesidades de las empresas.

Ojalá esta conversación dure muchos años (será síntoma de que las cosas van bien) y ojalá podamos encontrar soluciones efectivas, aunque en ocasiones pienso que este síntoma no se puede tratar de forma aislada. Que se trata de la punta de un iceberg que oculta bajo la superficie una dimensión mucho más profunda y peligrosa.

La falta de encaje entre la oferta y la demanda de empleo, es una de las muchas dimensiones de la brecha que separa al mundo de la economía de la sociedad. Una brecha que la violencia de la última crisis global ayudo a agravar. La sociedad aprendió por las malas a desconfiar de la economía. Y las empresas bastante tenían con sobrevivir, como para andar pensando en cómo solucionar los problemas de la sociedad.

En estos últimos años, la voz de la empresa y los empresarios ha estado amortiguada por las noticias que hablaban de creciente desigualdad, y los líderes empresariales se han retranqueado, han preferido pasar a un segundo plano, cansados de aparecer siempre como los malos de una película. Una película que, por cierto, sigue adelante porque la empresa sigue pagando nóminas e impuestos...

Estos últimos meses, la voz de la empresa está volviendo. Es una maravilla escuchar la voz de CONFEBASK anunciando que a finales de 2018 el desempleo estará en niveles del 8%, y que en 2019 volveremos a los niveles previos a la crisis, que rozaban en pleno empleo (entre el 4 y 5% de desempleo se considera que es "paro técnico", un porcentaje que viene más de la rotación laboral que de la falta de oportunidades de empleo).

Derretir el iceberg nos llevará algo más de tiempo.

Una parte del trabajo lo tiene que hacer la sociedad. Tenemos que interiorizar de nuevo que la prosperidad de una sociedad está indisolublemente ligada al desempeño económico de sus empresas y que, sin ellas, la sociedad se deshará como un azucarillo.

También las administraciones públicas tienen que repensar el equilibrio entre gasto social e inversión en infraestructuras al servicio del desarrollo económico y apoyo a la empresa. Es estupendo que la recaudación vaya recuperando también niveles pre-crisis, pero es vital que sepamos invertir estos fondos nuevos en dar un nuevo impulso a la economía.

La maquinaria pública vinculada al gasto social es necesaria para garantizar la cohesión social, un tesoro muy preciado y por el que merece la pena luchar. Pero tiene que ser consciente que

no basta con cohesión social para afrontar el futuro. Es preciso también dinamismo empresarial, una sociedad emprendedora.

No quiero terminar el repaso de las tareas pendientes sin referirme a la empresa, que también tiene una parte importante del trabajo de derretir el iceberg.

Hay una parte que tiene que ver con que su voz se vuelva a oír en todos los foros. Con que recupere el protagonismo social que nunca tendría que haber perdido. Que la mirada empresarial sume al resto de miradas para construir la visión colectiva.

Otra parte tiene que ver con entender cómo puede ayudar, más allá de creando empleos y pagando impuestos. Las cosas están cambiando (por ejemplo, en el empleo), y hay que ver cómo entre todos transformamos la sociedad para que pueda afrontar un siglo en el que la economía va a experimentar un profundo y dilatado proceso de innovación, de reinención.

Deberes para todos, y por supuesto, para el sistema universitario y el conjunto de la educación. Si la universidad no va por delante alumbrando el camino, no cumple con la función para la que fue creada: poner el conocimiento al servicio de las personas, de las empresas y del conjunto de la sociedad.

A trabajar, que hay tajo.